

galonado bicornio. Se fijó una pequeña cuota única—á fin de que todos aportasen su óbolo á la realización de la idea cordialísima—, y fué así cómo, á través de los mares y de los continentes, llegó al poeta la más grata brisa natal portadora de la buena nueva. Su patria—sus compatriotas, no su patria oficial—le tejía la más amable de las coronas líricas, sin laureles de talco y sin pergaminos conmemorativos de una aparatosa apoteosis.

Rubén pagó el homenaje con unas lágrimas sinceras, de gratitud y de amor, la mañana en que, al abrir la correspondencia de Ultramar, leyó la prensa de su país, tan injusto para con él en tantas otras ocasiones.

Días de París.

De aquéllos, como de casi todos los de su vida, han hablado á estas horas, cuando no él mismo en sus Memorias, los amigos que más ó menos directamente

compartieron con el poeta las horas de su errante é inquieto existir. Sin embargo...

Faubourg Montmartre..., Gómez Carrillo había alquilado un pequeño piso de tres habitaciones: dos alcobas separadas por un gabinete; no más.

El Caballero de la amable sonrisa, en aquellas horas jóvenes que el cronista dedicaba á desentrañar, viviendo, "el alma encantadora de París", encontró en su divagar por la clara Lutecia, una rosada rosa de carne que se ofrecía á su sensibilidad complicada y setibunda; para gozar en un apartado exilio su perfume penetrante, el mosquetero viajador buscó en el amado y novelado Barrio, el nido. Estaban tintineantes unos recientes centenares de francos, y el piso quedó alquilado por tres meses. Creía acaso en los momentos aquéllos, nuestro querido Enrique, que la amable rosa hallada en el camino tendría una vida menos efímera que aquella otra, también "pura, encen-

dida⁴ cantada y llorada por nuestro poeta Rioja en su silva perenne... ¡Vana ilusión! Una semana de hogar bastó para mustiarla. Y la golondrina voló del nido. Gómez Carrillo acordóse inmediatamente de Rubén—que estaba muy á mal con su escarcela—y de Amado Nervo, á quien tampoco sonreía, por aquel entonces, la implacable y cotidiana diosa Economía. Y fué á buscarles, á ofrecerles el pequeño departamento que el amor había aromado durante una semana de pasión. Allí convivieron, frente á lo inesperado y en constante lucha con la esquividad de la gloria, los tres admirables y admirados amigos. Pero pronto hubo una defecpción, la del cronista, que en pos de otra sirena, abandonó el paraíso de los solteros.

Sólo quedaron los poetas. Amado, con su sibaritismo aristocrático; Rubén, con el peso de su mundo interior, como un Atlante. Todas las tardes salía triste, preocupado, asegurando á Nervo que

había de morir en la calle; todas las madrugadas volvía alegre, borboteante de rimas y de risas, afirmando que había logrado encontrar al sol y que le traía aprisionado en su frente para que no se le escapase. El lírico buscador de perlas negras, sonreía á la infantilidad de aquel grande hombre que París iba saturando poco á poco de champán y de whisky. A veces, en el fervor, en apariencia inconsciente de la embriaguez, Rubén Darío dábbase á escribir, y en grandes hojas de papel, con roja tinta y audaces caligrafías, dejaba para la posteridad poemas admirables. De una de aquellas noches es el soneto, á un tiempo cristalino y lapidario, que dedicó á Amado Nervo.

Una mañana, efectivamente, ante el alba de oro, entró Rubén Darío, ebrio—aquel día, de vino y felicidad—asegurando jocundo:—¡Amado, vea usted cómo hoy no fantaseo; traigo el sol, vivo, palpitante! Y mostraba en sus manos la cascada de oro de una cabellera femeni-

na, mientras la rubia poseedora, sonreía abrazada al robusto cuello del Hiperionida. De aquel "trouvaille" feliz, bien pudo haber escrito Nervo:

Tan rubia es la niña, que
cuando hay sol, no se la ve...

Desde aquel día Rubén se sintió más alegre y pletórico de vida que de costumbre. Con esa pueril credulidad, propia de las almas huguescas, se entregó al amor—pasajero como brisa de boulevard—de aquella divina y áurea muñeca parisiense. No se hicieron esperar, no obstante, los aletazos del hastío. Con frecuencia tenía que terciar entre la marioneta y el bardo, el ecuánime Nervo. Por fin, una mañana, cuando la situación era ya insostenible, Rubén llamó á Amado solicitando su intervención.

—Vea usted, querido, de encontrar el modo de que yo continúe siendo feliz. Ella se va y yo me enfermo. A cualquier

precio, convénzala. Estoy seguro de mi muerte si se separa de mí.

Inútilmente medió Nervo. La mujer estaba decidida á abandonar al poeta; le había disipado cuanto tenía y sobre todo, deseaba libertad... y tolerancia, lejos de aquel celoso Rey de Etiopía. Se decidió avisar un coche y llevarla á su casa, como demandaba. Era una griseta—mitad mercenaria, mitad romántica, entre hetaira y modista—que vivía en una buhardilla, á un extremo de París. Durante el trayecto, Darío, que iba separado de ella por el compañero en Apolo, no habló una palabra. Se limitaba á disimular alguna lágrima que no podía contener de vez en cuando. Llegaron. Despidieron el coche. Y en el portal, ella, la fugitiva, frívola y alegre, riendo como el día del encuentro, tendió sus manos cariciosas y crueles á los dos amigos, indiferente, decidida... Con el estribillo pícaro de una canción popular, comenzó á subir los peldaños de una escalera an-

tigua, sórdida, interminable. Al pie de la misma, Rubén Darío, el poeta universal, como cualquier deslumbrado "buen hombre" de provincias que visita París por la primera vez, seguía en éxtasis, silencioso y resignado, la ascensión, entre salto y vuelo, por aquella angosta escalera, de la que nunca había de volver. El rumor de las sedas se iba apagando. De la canción sólo se percibía el ritmo, perdidas las palabras. Finalmente, se extinguió la huella fragante y cristalina... El abandonado tenía las pupilas arrasadas en llanto...

Un día Gómez Carrillo, para amueblar su nueva mansión, hubo de desamueblar la de Rubén. Y éste salió con Henri de Grunx, un fantástico pintor belga que sustituyó al poeta mexicano en la compañía de Darío. Fuéronse á un hotel de ventas, dispuestos á adquirir los muebles necesarios para repoblar el desierto piso. Pero... ¡oh, inesperado y

grato azar! Cuando Rubén y Henri se disponían con cuidadosa solicitud á escoger el mobiliario, las pupilas ingenuas y ávidas del aeda posáronse estupefactas en un estupendo hallazgo: aguardiente legítimo, auténtico, de su país natal. Un extraño y maravilloso anís nicaragüense. Conferenciaron un instante ante el insólito encuentro; vieron el dinero de que disponían y determinaron invertirlo íntegro en adquirir la certeza de sí, en efecto, el licor amable y delirante no era apócrifo. Aquella noche, noventa litros de aguardiente dormían en la desamueblada casa... Quince días después, unos agentes de policía buscaban á Gómez Carrillo—á cuyo nombre estaba hecho el contrato de la habitación—para invitarle á declarar qué clase de sujetos eran los señores que habitaban el piso que él había alquilado. Ved si el prefecto tenía motivos para intervenir: Según sus noticias, durante dos semanas los caballeros en cuestión

no habían salido á la calle. Sólo el pintor bajaba alguna vez á la portería para encargar que le subiesen unas raciones de patatas fritas á la inglesa. Era cuanto les relacionaba con el mundo exterior. *Après de midi-nuit*, á veces *à l'aube*, los extravagantes vecinos se asomaban dando voces á un balcón, y recitaban versos á los trasnochadores transeuntes, á las buenas gentes madrugadoras, á la luna, á las estrellas... Por último, desde hacía cuarenta y ocho horas, ni patatas fritas, ni gritos, ni versos... Con los sabuesos policíacos fué Gómez Carrillo á la casa misteriosa, más que por indagar el raro vivir de sus amigos, por convencer á aquéllos de la inocencia virgiliana de la vida de los mismos. Tras de llamar repetidas veces á la puerta, entraron... merced á un milagroso esfuerzo de equilibrio de Grunx, que volvió á caer. Habían dado buena cuenta del exquisito anís del país natal, y rendidos por sus fervorosos ensayos sobre la autenticidad

del remoto licor, habían caído para no levantarse de allí á una semana. Después se supo por el pintor, que lo proclamaba, el triunfo de Rubén como diplomático al convencer á Henri de Grunx, de un modo que no admitía rectificación posible, de las excelencias de Nicaragua sobre las demás repúblicas de América.

Intermedio.

Desocupado lector: Si hasta aquí has llegado en tu lectura y piensas continuar hasta el fin, seducido, más que por los encantos de estas desaliñadas prosas mías, por el interés que en ti despierta cuanto con la obra y la vida de Rubén Darío se relaciona, agradece este alto en el camino laberíntico de las presentes líneas, á un joven y fuerte homérica que, como Quirón, tiene presas entre sus cabellos seculares abejas griegas... ¿Rafael Lasso de la Vega? Justo. A este armonioso y sereno vate he aludido. El,

que amó á Rubén—y cuya labor comprendió como pocos—, es quien nos hace la inapreciable merced de estos versos magníficos, escritos por Darío en el otoño de 1910, y que, como un tesoro oculto, Lasso de la Vega, hasta hoy ha conservado inéditos.

Tienen, como los mejores del poeta, el mérito de sugerir. Esa áurea tortuga misteriosa, cuya huella no perciben nuestros sentidos, pero que, una vez que ha pasado, existe indeleble, es el más extraño y feliz símbolo del tiempo. Antes de cruzar sobre la alfombra el tardo quelonio, el rastro de su lento paso no era. ¿Y después? Es indudable que por donde ha marchado algo queda que ya no podrá dejar de ser jamás: el estigma incógnito de su trayectoria. Así el tiempo. Y ese momento imperceptible que media entre el arco que avanza y el violín que espera; ese misterioso nexos, no nacido aún, pero que va á existir, inminente ya, ¿qué es sino el futuro ne-

cesario? Y he aquí el título del poema entre las dos estrofas, entre lo que ya fué y lo que será. La ideal arista que separa en el espacio lo estático de lo dinámico, el límite ideal entre lo ido y lo venidero, la Armonía. Pude eludir toda exégesis. Pero... es lo mismo; no leerla. Los versos son suficientes de por sí. Helos:

LA ARMONIA

La tortuga de oro marcha sobre la alfombra.

Va trazando en la sombra
un incógnito estigma:
los signos del enigma
de lo que no se nombra.

¡Aun cuando á veces pienso,
el misterio no abarco
de lo que está suspenso
entre el violín y el arco!

R. D.

Otoño familiar.

“El casco de guerra sienta mal sobre su frente, hecha para orlarse de rosas y de mirtos”—dijo de este poeta el protei-

co José Enrique Rodó—. Y es verdad. Rubén Darío amaba la paz, aunque su vida entera no haya sido sino una casi ininterrumpida lucha. Y quizá por eso mismo. Lucha contra la vida en su hosco y apremiante aspecto utilitario; contra la burguesía artística; contra la pereza y la limitación de los que gustaban de las viejas formas literarias; contra las mofas de los incrédulos míopes; lucha contra la duda—“que se nos clava en el alma, como una daga fría en el corazón”—; contra el futuro terror; contra “el espanto seguro de estar mañana muerto”; contra su propia fe católica, en momentos en que el Arte le reclamaba á sus heterodoxas pagánias... Lucha, en fin, encarnizada y constante contra su fortaleza corporal al querer combatir en sí mismo el viscoso y enorme murciélago del Hastío, con brebajes destructores y besos absorbentes.

Así, cuando tras una larga y confortante temporada de sosiego espiritual y físico en el regazo secular de la herma-

na mayor de las islas Baleares, regresó á París, la *ciudad-querida*, como impulsado por un extraño augur, el choro-tega nómada levantó su tienda y, pocos meses antes de estallar la latente guerra, huyó de París para instalarse definitivamente en la condal ciudad española. De Abril á Octubre de 1914, el poeta se consagró por completo á las dulzuras de la vida familiar, bajo el cielo claro y amable de Barcelona.

Allí habitaba una “torre” entre los cuidados maternos, fraternales y amistosos á un tiempo de su mujer, viendo florecer la pubertad de su cuñada María—que cantó en fragantes y fraternas estrofas— y escuchando, patriarcal, las vibraciones primeras del corazón y el cerebro de su hijo *Güicho*.

El jardín y el huerto. La mano creadora que acarició las sedas y las pomas del pecado, macerada de aromas y prisionera de encajes, le inclinaba ya, en un gesto triptolénico, á la tierra donde re-

posa. Y sus ojos, que vieron tantos países y que soñaron tantos más, se posaban ahora sobre sus gallinas y sus hortalizas, sobre sus palomas, cuya encendida frecuencia amorosa, observaba paternal... En la vida exterior pasaba horas de luminosa plática entre Santiago Rusiñol y *Peyus*—Pompeyo Gener—; entre Miguel de los Santos Oliver, *Xenius*, Rubio y Lluch... Al ocaso, en la hora que tanto le entristecía, "bajo el ala de serenidad de la brisa nocturna", evocaba sus días de Mallorca. Y, sobre todos, aquel en que en hábito cartujo se sintió monje de veras.

"Y vi el púlpito de San Pedro, en Roma, donde yo diría un rosario de plegarias que serían mi mejor obra y que abrirían las divinas puertas confiadas á San Pedro." Estas palabras tuyas son de las últimas que escribió en España y van seguidas de amargas lamentaciones por su vida equivocada, que, acaso, debió haber terminado en un convento.

Escribía por la noche, rodeado de los suyos. Empezaba á sentir miedo á la soledad, tan amada de los poetas en la hora laboriosa, cuando aún no se sienten atraídos por la invisible garra telúrica que nos lleva. A veces, interrumpía, fatigado, el trabajo, y, puerilmente, con telas caprichosas, con cintas coruscantes, con raros adornos, engalanaba á las dos mujeres, que asistían tácitas y amables al parto de su potente cerebro. Otras, ya de madrugada, mostraba su deseo imperioso de preparar una estrafalaria y succulenta cena, dirigida por él mismo y según una admirable fórmula culinaria que acababa de crear, en un descanso entre párrafo y párrafo de la novela *Oro de Mallorca*, ó entre dos versos de laborioso alumbramiento. Sí; porque Rubén—hombre paradójico—, así como después de una existencia orgiástica, afirmaba que su verdadera vocación era la de fraile, después de adquirir con sus libros una sede por derecho propio entre

los inmortales del Parnaso, se empeñaba en asegurar que, si reunía sus recetas heliogábalas en un volumen, su obra quedaría en la historia del gurmandismo como la Biblia del Arte culinario. Rubén Darío ha muerto viejo, caduco. No da la parvedad ó la longevidad de una vida el cómputo del tiempo, sino la intensidad con que se ha vivido. Así son perfectamente explicables sus últimos voluntariosos empeños infantiles, sus inconciencias, su dejarse llevar por los demás, sus puerilidades extravagantes, sus miedos invencibles. Sobre todo, sus miedos á la muerte, que en ocasiones, en Barcelona, le hacían desistir, ya en la puerta de su casa, de trasponer el umbral, por la certeza que adquiriría instintivamente de que, al dar un paso más, caería muerto.

Volvió atrás; comunicaba la triste evidencia á sus familiares, y ya, sólo acompañado de su mujer y apoyado en su brazo, consentía en salir menos temeroso...

Lo inevitable.

Parece que, adivinando Rubén Darío su encuentro en Barcelona con *Alejandro Bermúdez*, un compatriota suyo, expulsado de Nicagua con harta justicia, había escrito en su *Epistola á Madame Lugones*:

A mi rincón me llegan á buscar las intrigas,
las pequeñas miserias, las traiciones amigas
y las ingratitudes. Mi maldita visión
sentimental del mundo me aprieta el corazón,
y así, cualquier tunante, me explotará á su gusto.
Soy así. Se me puede burlar con calma. Es justo.
Por eso los astutos, los listos, dicen que
no conozco el valor del dinero. ¡Lo sé!...

Y así ha sido. Llegó este hombre hasta él y, como se lo propuso, consiguió explotar el flaco del poeta: su abulia, mejor dicho, su *nefelibatismo*. En el alma de Rubén, llena de amor y de serenidad, Alejandro Bermúdez, una vez prendida en Europa la llama de la guerra, encontró campo fertilísimo para sembrar con éxito la idea de recorrer toda la Améri-

ca clamando por la paz. El cisne de cándida albura inmaculada vió, en síntesis, que una serie de conferencias pacifistas bien organizadas podrían constituir una noble y elevada labor de redención y, sobre todo, un bello gesto de artista. Pero... esto no era sino el pretexto que el despierto Bermúdez daba á su intención utilitaria de lucrarse á la sombra venerable del poeta. Por otra parte, el miedo que éste sentía—influenciado como estaba por la oratoria persuasiva del otro—á que se propagase á España el fuego del solar vecino y, sobre todo, la inferioridad de energías morales en que Darío se encontraba respecto de su compatriota, le arrastraban también á partir. En el fondo, todo esto no era, acaso, sino la atracción fatal de la madre tierra que, anunciada por Bermúdez—su inconsciente y fúnebre heraldo—le atraía, inexorable, hacia el lugar en donde el destino había determinado que los desposorios definitivos se verificasen.

Y no bastaron á alejar á aquel hombre de su camino ni los consejos de su mujer, ni la convicción que varias pequeñas estafas y algunas coacciones sobre él ejercidas, le dieron de la influencia malfélica que en su existencia habría de ejercer Alejandro Bermúdez.

Una tarde, la del 24 de Octubre, este hombre se llevó de paseo al autor de *Prosas profanas*, y cobardemente le emborrachó, para poder zarandearlo con mayor facilidad. Por la noche, contra toda costumbre en los trasatlánticos, y, contra la voluntad de su esposa que, por fin, le había hallado en lamentable estado de embriaguez, Rubén Darío, llevado por Bermúdez, ingresaba en su camarote del *Antonio López*, llorando desconsolado, como un niño que no comprende bien, pero que instintivamente siente las alas de la tragedia sobre su inocente cabecita.

“Qué vamos á hacer? Hágase la voluntad de Dios... Pero no llorés”—decía

Rubén á su hijo y á las pobres mujeres, que por un especialísimo favor habían logrado pasar la noche junto al gran poeta que emigraba al otro mundo...

Y mientras el nieto de España sorbía sus propias lágrimas y enjugaba las de los suyos, pedía champán con que sobreponerse al angustioso dolor "de los tristes adioses para siempre jamás". Presentían todos que, á medida que las horas volaban, algo grande, pavoroso, se interponía entre su pasado y su porvenir; adivinaban que era la separación definitiva, para no volver, la que sobrevendría á la mañana siguiente; sentían en el aire la segur de la Pálida... y, sin embargo, cuando alguno iniciaba de nuevo la protesta contra aquella partida, era Rubén Darío quien, dominado por ocultas y necesarias atracciones, se oponía á toda violencia, á todo deseo, á toda palabra libertadora...

Y amaneció el día 25 de Octubre de 1914. Y con el alba vino, de nuevo, el

tráfago trepidante de los muelles barceloneses. Y en el triunfo del día, entre el rumor de las cadenas de anclas y grúas, de carros y coches, de silbatos y sirenas, de órdenes y gritos, la tragedia íntima de Rubén Darío—á quien arrancaban de España, su verdadera patria—quedó obscurecida, anulada por completo. Sólo cuando el gran trasatlántico levó anclas é interrumpió todo contacto con los que en el muelle quedaban, pudo haber adivinado algo, quien hubiese observado á un hombre pálido y bovino, de compleción robusta, que, tímido y tembloroso, á pesar de su edad y de su porte, con lágrimas en los ojos, escribía rápidamente palabras de afecto en pedacitos de papel que arrojaba desde la borda del buque á un niño que se le parecía lo suficiente para creerlo hijo suyo, y que de la mano de una afligida señora alta, delgada, vestida de negro, enviaba besos, húmedos de llanto, desde el muelle...

Nueva York... Rubén Darío—abandonado ya por Alejandro Bermúdez que se ha llevado todo el dinero recaudado en las primeras conferencias pacifistas—, sufre en un hospital, anónimamente, miserablemente... como corresponde á su grandeza, una pulmonía que si entonces no le destruye, deja bastante quebrantada su ya resentida salud. Su constitución vigorosa y los esfuerzos de la ciencia le salvan. De nuevo á la lucha. La isla de Cuba, Guatemala, recorridas en triunfo. Por fin, Nicaragua, donde cae de nuevo. Esta vez, herido de muerte. *Ite missa est...*

Nardos y claveles...

Apolonida: Los dioses saben que, cuando la triste nueva de tu tránsito me hirió como un dardo envenado, pensé rimarte un amplio y orquestal responso pagano—en prosa, pues en verso no hubiera sabido sino suscribir tu "Responso á Verlaine"—, como tu aristocracia mere-

ce. Luego, he visto cómo, con mejor plectro que el mío, entre todos los artistas de habla castellana se ha tejido la inmarcesible corona lírica digna de tu frente. Y he sabido más tarde que, con las necesarias limitaciones de la realidad, en el rincón donde te tocó nacer y morir, se te han rendido los funerales que yo soñaba para tu grandeza. Bien está. Y, sobre todo, bien está cada uno en su puesto.

Aunque á veces me esfuerce en aparecer de otro modo, yo no soy sino un poeta de pequeños temas, que ama el azahar, que ama el clavel, que ama el nardo—únicas flores de su sencillo y alegre patio de Sevilla—y cuya Musa, de grácil cuerpo cimbrenño, humilde y pequeña, como una Concepción de Murillo, no sabe otro *de profundis* que el de los bordones de mi guitarra, ni gusta otros adornos que el de las rosas y los claveles cuidados por su mano y la mantilla negra los días de la Semana Santa.

Nieta de aquella otra nena de olor de
azahar, que D. Luis de Góngora hizo
eterna en su letrilla, ahora que te has
ido para no volver, no sabe sino irse á las
playas ibéricas y, mirando al mar armo-
nioso, al mar maravilloso que tú, armo-
niosamente, maravillosamente has can-
tado—mientras deshoja sobre la blanda
arena que las olas laminan quejumbro-
sas, nardos y claveles de esta nueva pri-
mavera—, decir, entre canción y llanto:

Dexarme llorar,
orillas del mar...

JUAN GONZÁLEZ OLMEDILLA.

Abril de 1916.

EPITAFIO

Como cuando viajabas, hermano, estás ausente,
llena está de ti la soledad que espera
retorno... ¿Vendrás? En tanto, Primavera
á revestir los prados, á desatar la fuente.

En el día, en la noche... Hoy, ayer... En la vaga
arde, en la aurora perla, resuenan tus canciones.
eres en nuestras mentes y en nuestros corazones
amor que no se extingue, lumbre que no se apaga.